

Origen de los celos

A la luz de la investigación reciente,
las diferencias sexuales que la psicología evolutiva
atribuye a este sentimiento ancestral se desvanecen:
hombres y mujeres parecen sufrir los celos por igual

Christine R. Harris

No era amor lo único que se respiraba el día de San Valentín de 2003: en aquella misma fecha, un jurado de Texas declaraba a Clara Harris culpable de haber asesinado a su marido “en un arrebatado de pasión”. Tras descubrirlo en un hotel con la amante, decidió atropellarlo, haciendo pasar varias veces el coche sobre su cuerpo. Mientras otros seguían celebrando el día de los enamorados, la “asesina del Mercedes” era condenada a 20 años de cárcel.

Harris no fue la primera mujer acusada de cometer asesinato por un ataque de celos. Según varios estudios, la celotipia figura entre las tres principales causas de homicidio intencionado con móvil conocido; las otras dos son la violencia de una pelea y la comisión de un delito. Esta cegadora emoción ha sido fuente de inspiración para la poesía, la novela, el teatro, la ópera y el arte de todas las épocas. Hoy centra la atención también de los psicólogos, que, en su afán de hallar una explicación científica, la han abordado desde diversos enfoques teóricos.

Los primeros estudios se centraron en la interpretación freudiana. Su influencia todavía se advierte en la bibliografía psiquiátrica. Pero, igual que en otros ámbitos de la psicología, la investigación reciente ha tomado un rumbo distinto. Ha llegado el momento de ahondar en la naturaleza y el origen de esta dolorosa y peligrosa faceta del amor.

La mayoría de nosotros conocemos los celos porque los hemos sufrido en nuestra propia piel. ¿Quién no se ha mostrado celoso cuando, por ejemplo, algún rival ha amenazado la estabilidad de una relación amorosa? Dada la intrincada naturaleza de las relaciones sociales, cualquier teoría que pretenda describir los celos deberá entrañar cierta complejidad. De ahí que la investigación se centre en la influencia de los factores sociales y cognitivos sobre la incidencia y ex-

presión de este sentimiento. Algunos psicólogos han explorado los factores culturales; han descubierto que son más frecuentes en las culturas que confieren importancia social al matrimonio y sólo aprueban el placer sexual entre cónyuges, así como en las que valoran sobremanera la propiedad privada. Otros han intentado explicar por qué unos individuos se muestran celosos ante la más mínima provocación y otros, en cambio, parecen menos susceptibles. (En estos estudios se han considerado elementos muy diversos, desde la personalidad hasta el apego a los progenitores o quién obtiene mayor beneficio de la relación.)

Veamos una de las teorías que centran el debate sobre el origen de los celos. Se desarrolló en los años noventa del siglo pasado, coincidente con un nuevo enfoque de la aplicación de la doctrina darwinista de la evolución al comportamiento humano. De acuerdo con el nuevo planteamiento, los celos habrían proporcionado una ventaja adaptativa a nuestros ancestros, sin distinción de sexo; en cambio, las presiones selectivas que éstos debían superar para sobrevivir y reproducirse en aquel entorno resultaban asimétricas (no eran las mismas para ellos que para ellas). De ahí que los celos, así como muchas de las emociones asociadas a la cópula, llegaran a manifestarse de forma distinta en varones y mujeres. La hipótesis de que los celos evolucionaron hasta inscribirse en los circuitos cerebrales, originando un “módulo innato” con disparadores primarios específicos para cada sexo, constituye una de las más célebres aportaciones de la psicología de cuño evolucionista.

Sigue abierto el debate en torno a esa hipótesis. Se han ofrecido nuevas pruebas que cuestionan la realidad de una existencia de diferencias fundamentales en los celos por razón de sexo. Tras analizar dichos datos a la luz de otras teorías, me parece a mí que la explicación evolucionista esgrimida cae en sutilezas y



1. POPULARES EN LA LITERATURA, el arte, la música y el teatro de todos los tiempos, los celos centran hoy la atención de los psicólogos. Ya en la mitología griega, encontramos un ejemplo arquetípico de la celotipia femenina: la venganza de Hera, esposa de Zeus. Habiendo el mujeriego rey de los dioses preñado a Semele, Hera consiguió, mediante una serie de engaños, que su rival muriera abrasada en un incendio. Dioniso (Baco) nació mientras su madre perecía entre las llamas. En este grabado de princi-

pios del siglo XIX, *El nacimiento de Baco*, obra de Jean-Baptiste Patas, que tomó por modelo un cuadro pintado en el siglo XVI por Giulio Romano, Hera aparece observando la escena desde lo alto. Los psicólogos evolucionistas sostienen que los celos femeninos se activan ante la infidelidad emocional del cónyuge, mientras que el arrebato de celos de los varones emerge con mayor intensidad ante la infidelidad sexual. Pero las pruebas que respaldan esta hipótesis resultan, cuando menos, ambivalentes.

complejidades excesivas. Admitamos que se trata de una emoción innata y adaptativa. Su manifestación, sin embargo, halla mejor encaje interpretativo en el marco de la sociología del conocimiento y de la teoría del desarrollo que en un contexto de estrategias de cópula de nuestros antepasados.

Teoría del módulo innato

Como he mencionado arriba, los psicólogos evolucionistas tratan de explicar las peculiaridades de la conducta humana mediante la presión de selección que operó sobre nuestros antepasados del Pleistoceno: presión que determinó qué progenie sobrevivía o no. Sostienen que las emociones que hoy se hallan inscritas en nuestros circuitos cerebrales quizá no aumenten la capacidad adaptativa (la probabilidad de supervivencia de nuestros genes); pero en el entorno de nuestros antepasados, en cambio, constituían una clara ventaja evolutiva. Semillante argumentación se ha empleado para explicar las náuseas y la depresión asociadas al embarazo, amén de otros fenómenos de nuestra naturaleza.

Según David Buss, de la Universidad de Texas en Austin, y otros psicólogos evolucionistas, un conjunto de circuitos cerebrales guían nuestra reacción emocional ante las amenazas que ponen en peligro las relaciones amorosas. Aducen que tal módulo cognitivo-emocional confiere al varón una predisposición innata a la respuesta celosa ante una infidelidad *sexual*; en las mujeres, esa misma red predispone a una reacción similar ante la infidelidad *emocional*.

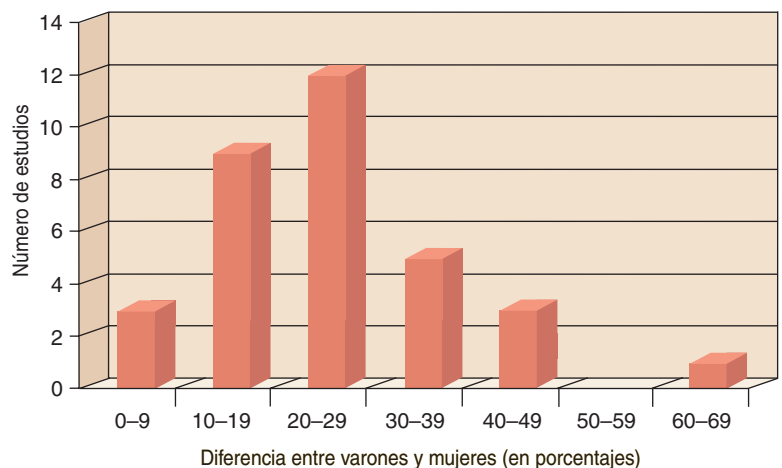
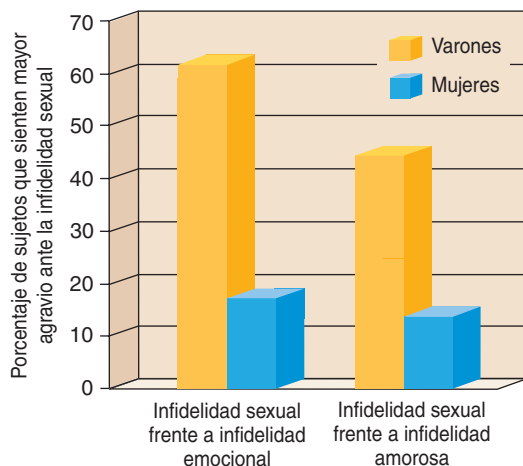
Atribuyen esta especificidad sexual en la respuesta a los distintos peligros que debieron afrontar para adaptarse y sobrevivir en el Pleistoceno. Según la teoría de la selección natural, las mutaciones que aumentan la adaptabilidad se premian con la supervivencia: pasan a las generaciones siguientes, transmitidas por sus afortunados portadores.

Nuestros primeros precursores hubieron de hacer frente a la amenaza darwinista de la infidelidad. Al ser interna la fecundación del óvulo, no existe plena garantía de paternidad. En el caso de que fuera otro el que fecundase a la mujer, el bur-

lado gastaría sus escasos recursos en criar a una prole ajena, con la consiguiente frustración de su eficiencia reproductora. De ahí que la selección natural configurase el cerebro masculino para responder a la infidelidad sexual con una intensa celotipia, una emoción que le prestaría apoyo contra el engaño.

Su compañera femenina, en cambio, no corría ese peligro. Sólo ella podía ser la madre de sus hijos. No sufría ninguna presión selectiva que le indujera a responder ante la infidelidad sexual. Pero sí le convenía preocuparse por si su pareja se fijaba en otra mujer, ante el riesgo de que desviase sus recursos hacia ésta y la progenie que le diera. Dado que los hijos requieren años de atención, los recursos disponibles resultaban cruciales para la eficacia adaptativa de la mujer. Por tanto, de acuerdo con ese planteamiento, las mujeres desarrollaron un módulo innato particularmente sensible a la infidelidad emocional (partiendo del supuesto de que los hombres invierten sus recursos en las mujeres a las que aman).

Esta hipótesis evolutiva ha gozado de notable difusión a extra-



2. LOS CELOS SE HAN ESTUDIADO mediante pruebas de elección forzada. En ellas, los voluntarios describen su reacción ante dos situaciones imaginarias distintas en las que su cónyuge les es infiel. Podría suponerse que la infidelidad sexual dispara la celotipia en los hombres, porque los celos beneficiaban al hombre ancestral que veía amenazada por el engaño su capacidad adaptativa heredable. La mujer, en cambio, habría respondido con más fuerza a la infidelidad emocional, ya que ésta ponía en peligro los recursos que necesitaba para criar a la descendencia. En 1992, David Buss y su equipo presentaron un test a 202 universitarios en que debían exponer sus reacciones ante infidelidades imaginarias que

implicaban relaciones sexuales, "apego emocional profundo" y "enamoramamiento". Sus respuestas encajaron con el patrón predicho (*izquierda*). Desde entonces, se han publicado numerosos estudios similares. En éstos, la diferencia entre las proporciones de hombres y mujeres heterosexuales que eligen la infidelidad sexual como el mayor disparador de celos oscila entre el 8 por ciento (en un estudio con adultos austríacos) y el 69 por ciento (en una muestra de universitarios estadounidenses) (*derecha*). Sólo en un ensayo se observó una tendencia inversa: en una muestra de homosexuales holandeses, lesbianas y varones ("gays"), la infidelidad sexual preocupó más a las lesbianas que a los hombres.

3. PARA AVERIGUAR SI LAS DIFERENCIAS sexuales representadas en la figura 2 reflejaban la operación de módulos innatos (circuitos cerebrales) masculinos y femeninos, David DeSteno y su grupo impusieron a los probandos de su estudio una carga cognitiva: mientras respondían a las preguntas, éstos debían recordar una serie de siete cifras. Tal distracción no repercutió en las respuestas de los hombres; las mujeres, en cambio, mostraron una mayor tendencia a escoger la infidelidad sexual como la causante de una celotipia más intensa. Este desplazamiento de la respuesta induce a pensar que las reacciones de las mujeres tal vez estén condicionadas por su percepción de la infidelidad o sigan estrategias de autopresentación (la tendencia natural que nos impulsa a responder de acuerdo con la imagen que queremos dar de nosotros mismos).

muros de los círculos académicos. Demostraremos aquí que no es la única explicación de los celos coherente con la teoría de la evolución por selección natural.

El método de elección forzada

La teoría del módulo innato ha ganado numerosos adeptos entre los psicólogos. Ello se debe, en parte, a una profusión de estudios basados en autoinformes de alumnos universitarios. Se les pide a los voluntarios del ensayo que imaginen una relación amorosa en la que su pareja mantiene relaciones sexuales con otra persona o se enamora de ésta; luego deben señalar cuál de estos dos tipos de infidelidad les provocaría mayor disgusto.

Este método de elección forzada (en el que el sujeto debe escoger una de dos alternativas igualmente probables) fue diseñado por Buss y sus compañeros en 1992. Desde entonces se ha aplicado en numerosos trabajos. En los EE.UU., los resultados muestran una notable diferencia entre ambos sexos: en su mayoría (un 70 por ciento o más), las mujeres responden que les dolería más la infidelidad emocional, mientras que un gran número de varones (entre el 40 y el 60 por ciento) creen que sería peor la sexual.

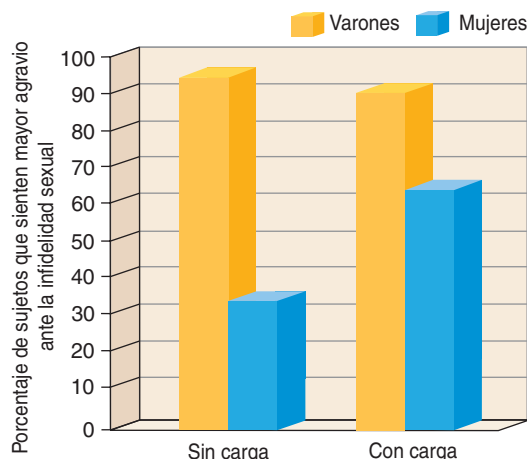
En fecha reciente, dirigí un estudio de meta-análisis, que integraba los resultados de varios trabajos de este tipo y los sometía a criba. Aparecieron diferencias sexuales tajantes y moderadas; tienden, sin embargo, a disminuir con la edad o en muestras que incluyen homosexuales. Tales diferencias se detectan también en muestras procedentes de otros países. No obstante, la proporción de varones europeos y

asiáticos que eligen la infidelidad sexual como la peor opción resulta mucho menor que la estadounidense (a menudo sólo del 25 al 30 por ciento). Se trata de un efecto cultural, de magnitud comparable a la del efecto dependiente del sexo.

En mi opinión, las diferencias sexuales en las respuestas del método de elección forzada no reflejan forzosamente la existencia de módulos innatos. Podrían responder a las distintas percepciones que varones y mujeres tienen de la infidelidad y todos los disgustos que ésta acarrea. Según la hipótesis del “dos por uno”, ellos tienden a pensar que la infidelidad sexual merece mayor preocupación porque infieren que si una mujer yace con otro varón resulta verosímil que también esté enamorada de él. Ellas, en cambio, tienden a creer que los hombres pueden copular con una mujer sin estar enamorados; por consiguiente, la infidelidad sexual no implica necesariamente infidelidad emocional. Razonan que el hombre que se enamora de otra mujer, acabará por mantener relaciones sexuales con ella. Por eso mismo, eligen la infidelidad emocional como la peor.

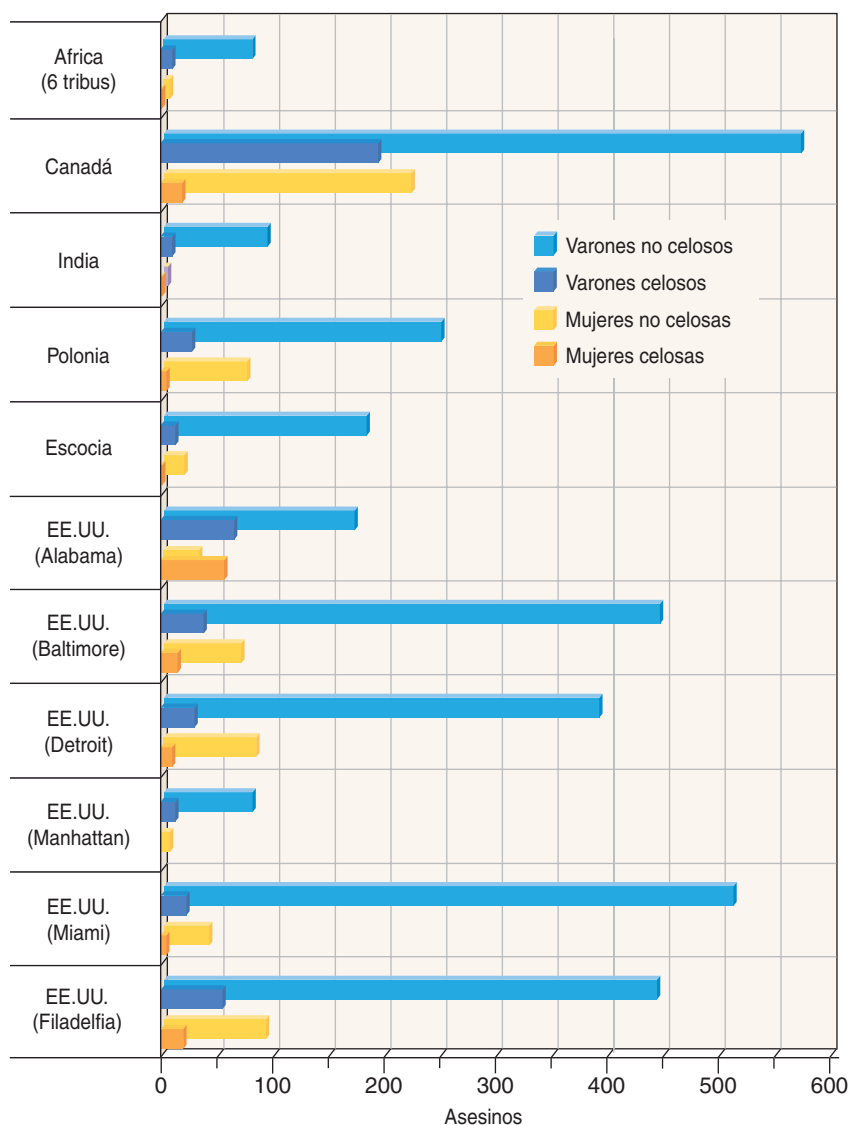
Con todo, las pruebas que respaldan esta teoría resultan confusas: unos expertos la han confirmado, pero otros no han hallado indicios que la apoyaran. Aunque tales percepciones intervengan en las diferencias sexuales de los celos, hemos, pues, de concluir que no agotan la explicación.

El grupo dirigido por David DeSteno, de la Universidad del Nordeste, sigue otro enfoque. De ser cierta la hipótesis del módulo in-



nato con especificidad sexual, adujeron, bastaría con impedir que los sujetos meditaran su elección para aumentar las discrepancias en torno a los celos vinculadas con el sexo, polarizando así las reacciones de varones y mujeres. Con este propósito, añadieron al estudio una carga cognitiva: mientras respondían a la pregunta, los voluntarios debían recordar una serie de siete cifras. Los varones no cambiaron de opinión. Las mujeres, por el contrario, mostraron ahora una mayor tendencia a conceder primacía a la infidelidad sexual. Esta modificación de los resultados sugiere que las respuestas de las mujeres tal vez estén condicionadas por su percepción de la infidelidad (distinta de la percepción de los hombres, según la teoría del “dos por uno”) o sigan estrategias de autopresentación (la tendencia natural que nos impulsa a responder de acuerdo con la imagen que queremos dar de nosotros mismos).

Otros investigadores han preferido separar en su trabajo las circunstancias que giran en torno a la infidelidad sexual de las que rodean a una situación de infidelidad emocional. La celotipia desencadenada no se mide ahora por opiniones dicotómicas; las reacciones evocadas se ajustan a una escala graduada. La nueva presentación tiende a abolir las diferencias sexuales; en alguna ocasión, incluso aparecen en la dirección opuesta (mujeres que reaccionan peor ante la infidelidad sexual). En general, pues, el método de elección forzada revela algún tipo de diferencia sexual, pero no sirve para distinguir si su origen se



encuentra en una predisposición innata o en un proceso cognitivo más complejo.

Medidas fisiológicas

¿No podríamos abordar la cuestión de forma objetiva y evitar la subjetividad de los autoinformes? Con ese propósito, Buss y su grupo se aprestaron a medir la actividad del sistema nervioso autónomo. En 1992, registraron la activación fisiológica de los voluntarios mientras éstos se iban imaginando ser víctimas de diferentes tipos de infidelidad. En los universitarios varones, las respuestas cardíaca y electrodérmica resultaban superiores cuando se imaginaban a su hipotética novia yaciendo con otro que cuando la imaginaban enamorada de otro. En las universitarias sucedía lo contrario. Estos re-

sultados se han considerado una prueba de que varones y mujeres sienten los celos de forma distinta.

Sin embargo, el arrebato fisiológico, su reactividad, traduce múltiples emociones, muy dispares; por eso los detectores de mentiras no se consideran fiables del todo. El aumento de la presión arterial, la aceleración del ritmo cardíaco y la sudoración generalizada acompañan a la ansiedad, el temor e incluso la excitación sexual, que también puede darse. En consecuencia, puesto que los probandos sólo son víctimas de una infidelidad imaginaria, pudiera ocurrir que la intensificación de la reactividad reflejara otras emociones o estados cognitivos, no sólo los celos.

Esa posibilidad ha centrado nuestra investigación reciente, de la

4. EL NÚMERO DE HOMBRES que asesinan por celos supera al de mujeres. Debemos matizar, sin embargo, que los hombres cometen todo tipo de crímenes violentos con más frecuencia que las mujeres. En busca de pruebas que reflejaran algún tipo de diferencia sexual, la autora realizó un meta-análisis de 20 estudios sobre las causas de asesinato en diversas culturas. Se muestran aquí las distintas cifras de homicidios que por celos cometieron unos y otras. No se detectó ninguna diferencia general debida al sexo. Con otras palabras, los estudios sobre asesinatos no proporcionan prueba alguna de la existencia de un módulo innato con especificidad sexual.

Universidad de California en San Diego, y la acometida en el laboratorio de James Grice, de la Universidad meridional de Illinois. En los experimentos realizados en nuestro laboratorio, se comprobó que la reactividad fisiológica de los varones mostraba el mismo grado de aumento cuando se imaginaban *a sí mismos* yaciendo con su pareja que cuando el que tenía relaciones sexuales (imaginarias) con su novia era otro. De ello cabe inferir que la alteración fisiológica de los varones refleja como mínimo el arrebato sexual, si no es acaso la razón última.

Este trabajo tampoco logró apoyar la hipótesis de que las mujeres, en general, se muestran más celosas ante una infidelidad emocional. Al parecer, sus respuestas dependían de la experiencia sexual; las que habían mantenido relaciones sexuales mostraban mayor reactividad a la infidelidad sexual imaginaria que a la infidelidad emocional imaginaria. En otras palabras, su celotipia respondía a un patrón similar al masculino.

En el mejor de los casos, los datos psicofisiológicos ofrecen una respuesta ambivalente a las cuestiones que plantea la hipótesis del módulo innato (quizá porque las medidas no logran discernir entre las emociones). En el peor de los casos, dan un peso excesivo al sufrimiento, de forma que la reacción ante la infidelidad sexual parece superar a la emocional en hom-

5. **HOMBRES Y MUJERES** responden a la infidelidad real (no imaginaria) de forma similar. En cierto experimento de la autora, ambos sexos se mostraban más preocupados por los aspectos emocionales de las aventuras amorosas de su cónyuge que por los sexuales.

bres y mujeres (por lo menos cuando se examina a individuos con experiencia en esas relaciones). Por si fuera poco, eludir las deficiencias de los estudios fisiológicos basados en experiencias imaginarias resulta, en la práctica, imposible; para ello deberíamos solicitar a un conjunto de sujetos, escogidos al azar, que experimentaran una infidelidad real, para registrar luego cómo reaccionarían al enterarse del engaño sufrido.

Celos, asesinato y violencia

Algunos sostienen que la prueba más fuerte de la existencia del módulo innato con especificidad sexual se halla en los patrones de conducta violenta que se observan en diferentes culturas. En 1982, Martin Daly y Margo Wilson, de la Universidad McMaster, revisaron varios estudios sobre causas de homicidio. Resultó que el móvil de los celos predominaba entre los varones homicidas. Con todo, cabe considerar que los hombres cometen toda clase de delitos violentos, incluido el asesinato, en mayor cuantía que las mujeres. Por tanto, comparar cifras absolutas de homicidios podría resultar engañoso. En este sentido, dos nuevos trabajos han evaluado la relación entre celotipia y homicidio, introduciendo en la investigación las diferencias en la tasa total de crímenes violentos; al añadir tal ponderación, se obtienen resultados harto distintos.

Abordé hace poco los móviles de los asesinatos en 20 muestras que incluían sujetos procedentes de culturas diversas (225 homicidios en total). No hallé ninguna diferencia atribuible al sexo. Anteriormente, Richard B. Felson, de la Universidad estatal de Nueva York en Albany, examinó 2060 asesinatos registrados en una base de datos de 33 grandes condados urbanos estadounidenses; a tenor de los datos, la probabilidad de que las mujeres asesinaran por celos doblaba la asignada a los varones.

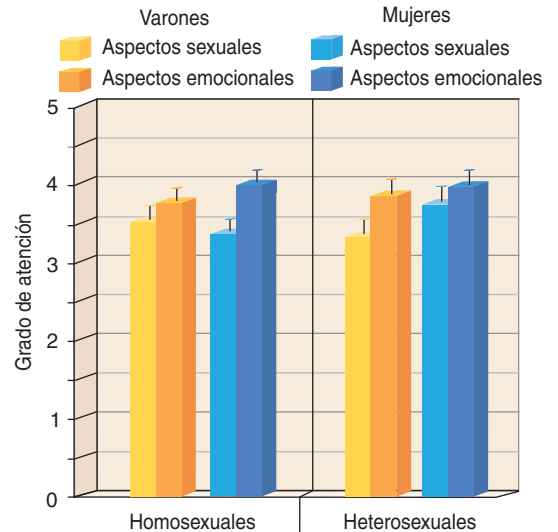
En cabal ajuste con los meta-análisis de los trabajos sobre la violencia, cabe mencionar otros estudios recientes, centrados en las reacciones de sujetos adultos ante una infidelidad real. En una muestra de individuos heterosexuales y homosexuales de distintas edades, que habían sido víctimas de una infidelidad, mujeres y hombres mostraron mayor preocupación por los aspectos emocionales del engaño de su pareja que por los sexuales. Entre estudiantes universitarios tampoco se ha encontrado diferencia sexual alguna.

Celos enfermizos

En apoyo de la hipótesis del módulo innato se aducen los casos clínicos de “celotipia mórbida”. Quienes padecen este trastorno viven convencidos de que su pareja les es infiel, pura ilusión en la mayoría de los casos. Sufren ansiedad y depresión y sienten la necesidad de espiar a su cónyuge. En ocasiones, recurren a la agresión y no falta quien ha conseguido poner entre rejas a su pareja.

En el total de los cinco estudios que se han publicado sobre esta patología, aparecen 228 varones (64 por ciento) y 127 mujeres (36 por ciento) enfermos diagnosticados. En un análisis anterior, Daly, Wilson y Suzanne J. Weghorst, de la Universidad de Washington, interpretaron que tal preponderancia de pacientes masculinos indicaba que los hombres cuentan con un mecanismo de celotipia sexual ausente en las mujeres.

Si aceptamos que la superioridad de los casos masculinos (que viene a ser de 65 sobre 35) constituye un reflejo genuino de la incidencia de la patología y que las obsesiones de los varones se centran sobre la traición sexual, ¿podemos extraer alguna conclusión? Antes de continuar, conviene saber que la relación de hombres y mujeres que sufren



un determinado trastorno mental no suele ser de 1 sobre 1; ellos las superan en numerosos casos, desde el consumo de drogas hasta el autismo.

Según Elaine Barrett y Gordon Parker, psiquiatras australianos de la Universidad de Nueva Gales del Sur, la celotipia mórbida constituye, con frecuencia, una forma del trastorno obsesivo-compulsivo (DOC). De hecho, varios grupos de psicólogos clínicos afirman haber tratado con éxito la celotipia mórbida con fluoxetina, un inhibidor de la reabsorción de la serotonina, indicado en el tratamiento del DOC. Por su parte, Dan J. Stein, Eric Hollander y Stephen C. Josephson, de la Universidad de Columbia, hallaron semejanzas notables entre la conducta de los pacientes con celotipia obsesiva y la de los que sufren un trastorno obsesivo-compulsivo.

La incidencia total del DOC viene a coincidir en varones y mujeres, aunque algunos estudios hablan de una ligera mayoría masculina. Se acepta, en cambio, que el DOC con obsesiones sexuales se manifiesta con mayor frecuencia en ellos que en ellas. En este contexto, Patrizia Lensi y su grupo de la Universidad de Pisa encontraron que, en una amplia muestra de pacientes que ingresaron (consecutivamente) en un hospital psiquiátrico italiano para evaluar sus trastornos obsesivo-compulsivos, los sujetos que manifestaban dichos síntomas eran, en su mayoría, varones, en una proporción de más de dos a una.

Si la celotipia mórbida constituye una manifestación del DOC y los hombres son propensos a sufrir ese trastorno acompañándolo de obsesiones sexuales, resulta cuando menos cuestionable extraer conclusiones sobre la psicología masculina a partir de la incidencia de tal patología. Los síntomas que presentan los hombres afectados de DOC podrían reflejar las diferencias entre varones y mujeres de la población general; o tal vez no. La obsesión por la exactitud y la simetría constituye otro de los síntomas del DOC que aparece con mayor frecuencia en hombres que en mujeres (en una proporción de tres a una); pero ello no significa que las mujeres aprecien menos la simetría o la exactitud.

En resumidas cuentas, cuando abandonamos los estudios de laboratorio y tratamos con quienes sufren una infidelidad real, quienes movidos por sus celos cometen un crimen o quienes viven obsesionados por la posibilidad de que su pareja les engañe, no detectamos ninguna diferencia entre varones y mujeres que respalde la hipótesis del módulo innato y específico de cada sexo. Al descubrir que su pa-

reja les engaña, ellas y ellos se muestran más preocupados por los aspectos emocionales de la infidelidad que por los sexuales (en contraposición a lo que refleja la observación fisiológica). Si bien es cierto que los hombres desarrollan un mayor grado de celotipia violenta u obsesiva, también lo es que superan a las mujeres en cuanto a la tendencia general a la violencia y a la obsesión sexual.

Celos y selección natural

A primera vista, los principios básicos de la teoría del módulo innato —según la cual, la distinta presión de selección sobre varones y mujeres dio origen a diferentes mecanismos anexos a la cópula— resultan incuestionables. Brindan una excelente oportunidad para vincular la psicología humana a la fuerza motriz que guía el diseño de todas las formas de vida terrestres, a saber, la evolución por selección natural. A mayor abundamiento, los datos recogidos en los cuestionarios abonaban la tesis del vínculo.

Pero la revisión precedente nos muestra que las pruebas de la existencia de circuitos cerebrales, distintos en cada sexo, que modulen

los celos pierden traza en cuanto se pasa de jóvenes universitarios que deben escoger entre opciones imaginarias a adultos que sufren una infidelidad real. ¿Cómo se justifican entonces las diferencias sexuales en los celos? Repasemos otras propuestas alternativas; en mi opinión, abren el camino a nuevas investigaciones.

En primer lugar, cabe advertir que nos hallamos muy lejos de conocer el ambiente social o cultural del Pleistoceno. Además, la biología podría ser incapaz de inferir, por sí sola, los factores que amenazaban a la eficacia adaptativa de nuestros antepasados. Quizá las tasas de infidelidad entre los primeros homínidos no fuesen tan altas como han supuesto los psicólogos evolucionistas; al vivir en pequeños grupos, el engaño quizá resultaba más difícil que en nuestras sociedades urbanas. Tal vez los machos no invertirían tantos recursos en la progenie como para que las consecuencias de la infidelidad encerrasen la gravedad que les concede la psicología evolucionista. En su análisis de las sociedades cazadoras-recolectoras que hoy persisten, Wendy Wood, de la Universidad Duke, y Alice Eagly, de la Universidad del Noroeste, observaron que la distinta contribución de varones y mujeres a la subsistencia del grupo dependía en grado sumo de la cultura; en algunos casos, son ellas las que más aportan. Ante tal variabilidad, inferir las condiciones sociales del Pleistoceno a partir de los datos contemporáneos resulta arriesgado.

En segundo lugar, aun suponiendo que nuestros antepasados pagaran un alto precio por ser víctimas de la infidelidad y de la consiguiente pérdida de recursos, la evolución podría haber superado este obstáculo mediante una estrategia distinta de la que sugiere la teoría del módulo innato. De entrada, centrar la atención en la traición sexual o emocional de la pareja quizá no constituya una forma eficaz de *impedir* la infidelidad. De acuerdo con los proponentes de la teoría, el yacimiento *per se* desencadenaría el mecanismo de la celotipia en el varón; en la mujer, se activaría ante el hecho del enamoramiento. Buss y otros han observado que los sujetos aqueja-



6. ¿SERVIRÁN LOS ESTUDIOS CON PRIMATES para ahondar en la naturaleza de los celos humanos? El babuino macho vigila y protege a su pareja; en época de celo, la sigue por todas partes para evitar que copule con otros. Pero la biología humana presenta rasgos distintivos, únicos, por no hablar de la variabilidad que encontramos en la conducta reproductiva de los primates; los gibones, por ejemplo, son los únicos monos monógamos.



7. LA RIVALIDAD ENTRE HERMANOS puede proporcionar indicios sobre el origen de los celos. Sybil Hart observó que los bebés de sólo seis meses de edad mostraban expresiones faciales negativas si su madre jugueteaba con un muñeco de aspecto de niño. Tal reacción sugiere que un infante puede desarrollar la celotipia, al menos en una forma primitiva, sin la necesidad de ningún proceso cognitivo complejo. La autora sostiene que una teoría socio-

cognitiva podría unificar la celotipia sexual adulta con la sensación arcaica de miedo que los bebés expresan. Con toda probabilidad, los celos innatos, o inscritos en los circuitos cerebrales, desempeñan una función adaptativa en las relaciones de pareja; pero también pueden responder a un mecanismo psicológico más general, que en los adultos depende de las experiencias personales y la cultura.

dos de celos detectan, con notable acierto, las señales de infidelidad (sus sospechas suelen confirmarse). Entonces, si la alarma que disparaba la celotipia de nuestros antepasados del Pleistoceno sólo hubiera operado cuando la infidelidad era ya un hecho consumado, habría sido demasiado tarde para evitar la penalización darwinista. No queda, pues, nada claro que los celos subsiguientes a la infidelidad ofrecieran una ventaja adaptativa para nuestros antepasados.

En cambio, vigilar cualquier factor que pudiera propiciar la traición tal vez sí fuera una estrategia eficiente. La infidelidad no suele producirse de repente, sin previo aviso. Cabe suponer que, antes de llegar a la cópula, nuestros antepasados —igual que los humanos de hoy— mostraban pequeñas dosis de interés sexual, emocional o de ambos, para llamar la atención del otro. No tenía por qué exigirse que varones y mujeres desarrollaran diferentes disparadores de los celos, pues, para ambos sexos, la forma más eficaz de impedir la infidelidad de su cónyuge consistía en mantener la guardia ante el flirteo. Esta hipótesis concuerda con las pruebas que muestran ausencia de diferencias sexuales en las respuestas innatas a las dos formas de infidelidad.

¿Qué ocurre en otros animales? La investigación comparada viene en nuestro auxilio para ahondar en la evolución de la conducta humana. Varios psicólogos evolucionistas han apoyado sus argumentos a favor

del predominio en el varón de los celos sexuales, en la observación de lo que acontece en otras especies: el macho se ocupa de prevenir el apareamiento de su pareja cuando ésta se encuentra receptiva, es decir, cuando está en celo y puede concebir. En tales casos, el macho que persigue a una hembra para copular con ella debe impedir, al propio tiempo, que otros machos se le acerquen.

Sin embargo, existen divergencias notables entre los seres humanos y esas especies. En primer lugar, las mujeres muestran una sexualidad inusual: son físicamente capaces de mantener relaciones sexuales durante todo su ciclo reproductivo pero su celo permanece oculto, es decir, no ofrecen señales claras del período de máxima fertilidad. En segundo lugar, en muchas de tales especies, los machos no invierten recursos en cuidar de su prole, un factor clave en las teorías sobre el emparejamiento humano. Las propias aves monógamas, con marcada dedicación paterna, difieren de los humanos en varios aspectos; por citar un ejemplo: tienen nidadas, mientras que una mujer suele parir sólo un hijo.

Ahora bien, ¿y los primates? En su síntesis sobre la sexualidad de los primates, Alan Dixson, reseñaba en éstos enorme variabilidad de conductas sexuales y de emparejamiento. Los gibones son los únicos que establecen parejas monógamas. La hembra gibón persigue y echa fuera a cualquier otra hembra que invada su territorio, sin esperar a ver

si muestra interés sexual o emocional por su compañero.

Teoría socio-cognitiva

Los celos constituyen uno de los recursos dramáticos más empleados por novelistas y guionistas. Pensemos en las clásicas comedias de enredo y en una de sus más repetidas escenas: marido (o esposa) recibe con gusto los halagos y atenciones de un desconocido (o desconocida) que hasta flirtea descaradamente con él (o ella); ello provoca tal enojo al cónyuge (en ocasiones escondido tras un florero) que empieza a comportarse de forma irracional y ridícula. Situaciones como ésta resultaban muy útiles para añadir un toque “picante” a la historia, sobre todo cuando la censura prohibía cualquier representación directa de la sexualidad. Una mera sonrisa coqueta o una mirada insinuante podían provocar un alud de situaciones absurdas.

Los teóricos de las emociones adscritos a una tendencia socio-cognitiva aportan una explicación simple y directa de los efectos que esas sonrisas pueden producir en la mente del cónyuge atormentado por los celos. Subrayan la importancia de la valoración cognitiva. En su opinión, la celotipia podría hallar su origen en la percepción de que un rival potencial constituye una amenaza para aquello que se tiene por valioso en uno mismo y en una relación.

Apoyado en la obra de Richard Lazarus, de la Universidad de California en Berkeley, cierto modelo

distingue entre *valoración primaria* y *valoración secundaria*. En la primaria, el individuo evalúa un evento en función de las consecuencias que le comporta: positivas, negativas o nulas. Si la valoración resulta negativa, trata de estimar el alcance de la amenaza y se dedica luego a la valoración secundaria, para afrontar las posibles adversidades.

Aplicado a los celos, sostengo que el mecanismo de valoración primaria podría activarse por un factor elemental: la interacción entre el ser amado y cualquier rival potencial. Tal relación recíproca entre dos 'otros' puede provocar una vaga sensación de amenaza, que no necesariamente debe percibirse de forma consciente; quizá se trate de una emoción innata, que puede darse en otros animales. Su función: motivar acciones que pongan fin a tan peligrosa "liaison". Al menos en los adultos humanos, otros factores entran también en juego: por ejemplo, el significado de esa infidelidad para uno mismo y para su relación. De todas estas valoraciones dependen la intensidad y la dirección de los celos.

Esta forma de entender la celotipia encaja en uno de los marcos teóricos que se emplean en el estudio del enfado y otras emociones sociales y "morales". (¿En razón de qué nos enfadamos? Imposible enumerar todas las causas; la respuesta depende de lo que cada individuo cree que se le debe en justicia.) Desde este punto de vista, las emociones cuentan con dos componentes: uno "primordial", inscrito en el sistema nervioso por la evolución, y otro "elaborado", que refleja normas y significados culturales.

Esta interpretación no se opone a la hipótesis de que los celos desempeñan una función adaptativa al asegurar las relaciones de pareja, que revisten suma importancia para ambos sexos. Por múltiples razones. Reflexionar sobre el significado y las causas de la infidelidad de un cónyuge puede considerarse adaptativo, pues ayuda a descubrir estrategias de conducta para fortalecer esta relación u otra futura.

Las teorías que describen la celotipia como un mecanismo psicológico general ofrecen una doble

ventaja. Por un lado, acomodan con mayor facilidad el factor cultural; por otro, son extensivas a los celos que se dan fuera del contexto conyugal (por ejemplo, entre hermanos o entre amigos) y nos ahorran así tener que definir por separado emociones que, con frecuencia, resultan similares.

Ontogenia de los celos

En cuanto al origen de los celos, cabe la posibilidad de que surgieran fuera del contexto conyugal, en respuesta a la rivalidad entre hermanos, quienes desde la concepción compiten por hacerse con los recursos de sus progenitores. Andando el tiempo se habrían utilizado también para conservar amistades y parejas.

La rivalidad entre hermanos constituye un fenómeno común en el mundo animal. En el caso del águila negra con nidadas de sólo dos huevos, el aguilucho mayor mata, de forma instintiva, al más joven. No es un ejemplo único entre las aves. Sin embargo, el fratricidio parece ser potestativo; se produce sólo en ciertas ocasiones; así, cuando un pollo mayor no recibe alimento suficiente. El estudio de los mecanismos inmediatos (fisiológicos) que conducen a la rivalidad fraternal y a la competencia en otras especies, incluidos los primates, podría ayudar a comprender el origen de los celos humanos.

Puesto que los trabajos recientes centran su atención en las relaciones entre adultos, la investigación experimental sobre la ontogénesis de la celotipia está aún en mantillas. Hasta la fecha, los experimentos con niños se dedican a analizar los celos que provoca la llegada de un nuevo hermanito a la familia. El hijo mayor, que por lo común está en edad de empezar a andar, suele desplegar una gama de emociones negativas; a su vez, los padres a menudo se muestran menos positivos con él (muestran menos alegría y más confrontación) que con el nuevo vástago.

Aunque los cambios en la conducta de los progenitores contribuyen a la desazón del niño, resulta manifiesto que el mero hecho de dirigir la atención a su hermano pequeño provoca celos. El grupo encabezado por Sybil Hart, de la

Universidad Politécnica de Texas, comprobó que los bebés de sólo seis meses de edad, que no tenían hermanos, mostraban expresiones faciales más negativas (fruncimientos del ceño y contracciones labiales) cuando su madre jugaba con un muñeco con aspecto de niño, que cuando lo hacía con un juguete sin rasgos humanos. En otro estudio, unos pequeños de ocho meses de edad trataron de distraer verbal y físicamente a sus madres para que éstas dejaran de prestar atención a otro niño.

De esas observaciones se desprende que un infante puede desarrollar la celotipia, al menos en una forma primitiva, sin la intervención de ningún razonamiento complejo. Después, con el desarrollo, ganan importancia los factores sociales y cognitivos. Ya en la edad preescolar, la aparición de los celos depende de las particularidades del triángulo social que forma el niño con su madre y el "competidor". A este respecto, Sonia Masciuch, de la Universidad de Alberta, y Kim Kienapple, de la Universidad de Monte San Vicente, comprobaron que los niños de cuatro años se mostraban más celosos cuando sus madres trataban con algún chiquillo de su misma edad que cuando trataban con uno menor. Los celos de los más pequeños, en cambio, no parecieron verse afectados por la edad del rival.

Pero, ¿constituyen esas conductas infantiles una prueba de celotipia o bien manifiestan simplemente un tipo de ansiedad inespecífico? Algo similar se plantea en los estudios sobre el comportamiento adulto: ¿pertenecen los celos a una emoción básica, una mezcla de varias emociones negativas, o reflejan un elemento distintivo de una determinada situación social? Para resolver tales cuestiones, deberemos esperar a que los resultados de las diversas líneas de investigación converjan en una nueva concepción de la celotipia.

Conclusiones

La exploración de las raíces evolutivas de la conducta y las emociones proporciona un rico filón de hipótesis para la psicología. Sin embargo, la investigación aquí expuesta

sugiere que los celos causados por la infidelidad no muestran diferencias sexuales, al menos tan marcadas como algunos sugieren. Parece más probable que la selección natural configurara unos mecanismos celotípicos generales, diseñados para operar en diversos contextos interpersonales. Las diferencias entre hombres y mujeres, que sin duda las hay, reflejarían entonces diferencias en las valoraciones cognitivas, más que la existencia de un dimorfismo estructural arraigado en el cerebro. En suma, parece que el monstruo de los celos no hace distinción de sexo cuando penetra en el corazón de las personas —un monstruo que podría surgir primero en las mentes de los bebés, mucho antes de que emerjan el deseo sexual y el sentimiento amoroso.

La autora

Christine R. Harris imparte clases de psicología en la Universidad de California en San Diego, el mismo centro donde se doctoró en 1998. Su labor investigadora se centra en las emociones humanas. Estudia sus efectos en los procesos cognitivos y su componente social.

© *American Scientist Magazine*.

Bibliografía complementaria

PSYCHOPHYSIOLOGICAL RESPONSES TO IMAGINED INFIDELITY: THE SPECIFIC INNATE MODULAR VIEW OF JEALOUSY RECONSIDERED. C. R. Harris en *Journal of Personality & Social Psychology*, vol. 78, págs. 1082-1091; 2000.

SEX DIFFERENCES IN JEALOUSY: EVOLUTIONARY MECHANISM OR ARTIFACT OF MEASUREMENT? D. DeSteno, D. M. Bartlett, J. Braverman y P. Salovey en *Journal of Personality and Social Psychology*, vol. 83, págs. 1103-1116; 2002.

A CROSS-CULTURAL ANALYSIS OF THE BEHAVIOR OF WOMEN AND MEN: IMPLICATIONS FOR THE ORIGINS OF SEX DIFFERENCES. W. Wood y H. A. Eagly en *Psychological Bulletin*, vol. 128, págs. 699-727; 2002.

A REVIEW OF SEX DIFFERENCES IN SEXUAL JEALOUSY, INCLUDING SELF-REPORT DATA, PSYCHOPHYSIOLOGICAL RESPONSES, INTERPERSONAL VIOLENCE, AND MORBID JEALOUSY. C. R. Harris en *Personality and Social Psychology Review*, vol. 7, págs. 102-128; 2003.

BIBLIOTECA SCIENTIFIC AMERICAN



Un volumen de 22 × 23,5 cm
y 179 páginas, profusamente ilustrado
en negro y en color.

LA DIVERSIDAD HUMANA

En *La diversidad humana*, Richard Lewontin nos muestra que no hay dos individuos iguales. Fuente de esa diversidad es la interacción entre las diferencias ambientales, así como entre éstas y los acontecimientos aleatorios que se producen durante el desarrollo. Excepción hecha de los gemelos idénticos, las personas divergen entre sí en múltiples genes, por lo que no cabe hablar de una constitución genética “normal y única”.



Prensa Científica, S. A.